

# VISITA INESPERADA

Hilda Guzmán Montelongo



# Capítulo 1

## VISITA NOCTURNA

Se encendió la pantalla y dos uniformados miraron severamente a un anciano que estaba a punto de salir de la habitación.

—Ivanov, ¿sabe que ya es más de medianoche? Sus vecinos se han quejado. Dicen que parece como si una manada salvaje galopara sobre sus cabezas y que se escuchan aullidos de hiena.

—Es que mi mujer está muy enferma —balbuceó en su defensa—, he tenido que ir a la cocina varias veces por ...

—No importa por qué —lo interrumpió uno—. Mantenga a mano lo que puede necesitar por la noche... O quítese las pantuflas y dé todas las vueltas que quiera de puntillas. Sea considerado con sus vecinos.

—Si vuelven a llamarnos —dijo el otro—, de acuerdo a la ley, tendremos que actuar y mañana mismo de su pensión será retenido el importe de la multa.

—Conque ya lo sabe —dijeron en coro mientras iban desapareciendo.

El anciano permaneció frente a la pantalla oscura hasta que escuchó unos quejidos en la otra habitación. A su mujer le quedaban unas dos semanas de vida, según le habían dicho, pero los dolores eran muy intensos y su pensión no le completaba para los medicamentos necesarios.

## Capítulo 2

### **TROPIEZO**

Resbalé al bajar del tranvía. Era muy noche y estaba helando, por eso no se veía a nadie en la calle, además de que yo había llegado en el último tranvía y ya no había que esperar nada más en la parada. Me alegraba de no haber caído bajo las ruedas, pero no podía levantarme. Estuve un buen rato tirada sobre el asfalto congelado, a media calle, y solo me quedaba la esperanza de que me encontrara algún borrachito de esos que no le tienen miedo ni al frío de enero. Yo temía que pasara algún automóvil y no me vieran a tiempo. Ya comenzaba a perder la esperanza cuando sentí que me olisqueaban. Eran unos perros callejeros. Pensé que me habían confundido con carroña y traté de espantarlos con el brazo que tenía libre. Sin hacer caso de mis manotazos, tiraron de mi abrigo y me arrastraron a la acera. Me dejaron cerca de la parada y se fueron justo antes de que llegara una patrulla. Los policías se detuvieron y aunque uno, disimuladamente me sacó la cartera, pidieron una ambulancia. Desde entonces los llamo ángeles peludos y no permito que nadie los maltrate en mi presencia.

## Capítulo 3

### **DESPERTAR**

Le estaban desatando los pies y las manos y se preguntó si era un sueño. Alrededor suyo había mucha gente que lo miraba a hurtadillas. No supo qué hacer cuando se acercaron dos mujeres jóvenes. No creía conocerlas. Tampoco lograba entender lo que decían entre sollozos. La cabeza le pesaba, tenía la boca reseca y el cuerpo entumecido. Le faltaba aire y se abrió camino a empujones para salir de la habitación. Entonces descubrió entre tantas caras, una conocida: debía ser un amigo porque solamente él lo miraba con una sonrisa, directamente, sin disimulo... Algo debió haber pasado mientras dormía. Intentó recordar lo que había visto en sueños, pero en su mente solo encontró la imagen de una cueva oscura donde se escuchaba un murmullo monótono de voces. Las mujeres estaban llorando nuevamente y con insistencia le pedían algo al hombre que le había sonreído. Él se acercó y le puso la mano sobre un hombro. Dejó de temblar y pudo entender que las mujeres le preguntaban: "Lázaro, ¿acaso no nos recuerdas?". Entonces reconoció a sus hermanas. Ellas lo abrazaron y nuevamente se echaron a llorar, pero de alegría. Se sintió feliz de haber vuelto. Luego lo recordó todo.

## Capítulo 4

### VENTANILLAS

Llegó casi una hora antes de que abrieran y constató que ya había gente esperando.

Unas dos horas después en la ventanilla de información, un funcionario, con una sonrisa muy profesional, le preguntó qué deseaba.

—En la oficina X me han pedido el documento 075 para comprobar la información que les he llevado... para hacerme los trámites que me han exigido en mi trabajo —dijo tratando de no confundir nada.

—Vaya a la ventanilla 9 —le respondió el funcionario.

La ventanilla número 9 estaba cerrada y había una gran fila que ya comenzaba a desesperarse. Media hora más tarde empezaron a atenderlos y le pareció que lo hacían con gran rapidez, seguramente le tocaría antes de la hora de la comida.

Cuando llegó su turno, volvió a ver al mismo funcionario de la primera ventanilla.

—¿Qué desea? —le preguntó.

—Necesito el documento 075 para hacer unos trámites —resumió brevemente, pensando si le haría más preguntas.

—Le han informado mal —le respondió el funcionario—. Eso debe pedirlo en la ventanilla 5, pero tendrá que hacerlo después de las tres porque ahora vamos a cerrar. Vuelva después de las cuatro —dijo con una gran sonrisa mientras dejaba caer la cortinilla.

## Capítulo 5

### **SIN SALIDA**

Empezó a leer el relato ya en la cama. Como no era muy largo, lo acabó bastante pronto, pero dos cosas le quitaron el sueño: la actitud de la familia, a su parecer, completamente inhumana hacia el pobre Gregorio, y la decepción porque el final no fuera como en las películas de vampiros o de hombres-lobo, donde al morir los personajes retornaban a su antigua apariencia y provocaban así la tristeza de sus amigos y familiares y a veces, hasta remordimientos. De tanto darle vueltas finalmente se había desvelado, por eso es que ahora le costaba tanto abrir los ojos. Supuso que el despertador habría sonado y que pronto su mamá le gritaría desde la cocina que si no se apresuraba, llegaría tarde a clases. Sintió deseos de restregarse los párpados y cuando por fin pudo ver algo, entendió que la había despertado la mirada fija de cuatro gatos negros. Hubiera sonreído si no fuera porque los ojos que la espiaban a través del cristal de la ventana parecían devorarla. Quiso gritar para espantarlos y apenas le salió una especie de chillido. Al ver que los gatos empujaban con sus testas la ventana que solo estaba entornada, intentó levantarse y sintió que caía. Movi6 sus brazos repetidamente para amortiguar el golpe y la asustó un poco el sonido de su propio aleteo. Con desesperación buscaba la forma de escapar de los gatos, que ya se habían metido en la habitación, cuando entró su madre... Pudo comprender que no se había transformado ni en un canario ni en un periquito porque ella se unió a sus perseguidores para matarla de un escobazo. Entre la confusión de gritos y maullidos, trató de controlar su vuelo para no golpearse contra las paredes que ya comenzaban a brillar intensamente con el sol de la mañana. Solo en el momento en que se convenció de que ella tampoco recobraría su aspecto humano cuando la escoba la aplastara o alguno de los gatos le arrancara la cabeza, logró por fin escabullirse al jardín... Siguió aleteando en busca de un refugio sin detenerse a pensar en lo que haría su madre cuando la buscara por toda la casa.

## Capítulo 6

### **DESTINO**

Aún no había encontrado a un fiel compañero ni tampoco a ninguna dama, a quien valiera la pena dedicarle sus hazañas. No obstante, se había lanzado al camino... Se alegraba de no necesitar cabalgadura alguna, a diferencia de sus predecesores, y se sentía aliviado de que ninguna bestia tuviera que sufrir hambre junto a él. Se llamaba a sí mismo «El Caballero Blogoandante» y estaba dispuesto a recorrer la inmensidad de internet para combatir, sin escatimar tiempo ni esfuerzos, la mentira y las injusticias que habían echado raíces en la red. Los peligros no le preocupaban, pero entendía perfectamente las dificultades que tendría que arrostrar: la inquina de su jefe que pretendía esclavizarlo, el descontento de su familia que lo importunaba empeñándose en que la mantuviera decentemente, según su propio entendimiento, y sobre todo, su pésima conexión a internet...

## Capítulo 7

### EL ROSAL

Decidí comprobar en qué condiciones se encontraba la casa de campo de mi abuelo ya muy entrado el verano. Tenía años de no hacerlo, incluso cuando él vivía, porque me había absorbido la rutina de mi trabajo. Cuando era pequeño, e incluso de adolescente, mis padres solían llevarme a pasar el verano con él. La «casa de campo» de mi abuelo no era más que una isba de una sola pieza con excusado al fondo y un huerto en el que él removía los terrones como si pudiera recordar el pasado campesino de su familia. Como cualquier otro ciudadano soviético, cultivaba papas y algunas otras hortalizas. Pero en realidad vivía para cuidar de su rosal. Había recogido unas estacas en una casona antigua abandonada y las había plantado en su huerto. Solo una prendió y fue creciendo hasta alcanzar una altura de poco más de un metro y medio. Cuando veía todo el tiempo y esfuerzo que le dedicaba a su rosal, podándolo, cuidándolo de las corrientes, del calor excesivo, mirando con temor por la ventana el gris del cielo y las ráfagas de viento en los malos veranos, pensando en primavera si no habría sufrido mucho con el invierno, yo solía decirle que no se preocupara tanto, que en los viveros podríamos comprar otros rosales, que allí había muchísimos y cualquiera sería mejor que el suyo porque estaban hechos para resistir el mal clima ruso. Entonces él me decía enojado que yo no entendía nada de rosas, que un rosal de vivero nunca podría ser como el suyo. Me he acordado de todo esto cuando al abrir el portón del huerto y ver todo su abandono, descubrí al fondo su rosal. Había sobrevivido al asedio de la maleza y aún estaba cubierto de grandes rosas que emborrachaban con su aroma a las abejas.

## Capítulo 8

### VACACIONES

Dos ancianos estaban sentados a las puertas de una casa. Aunque el sol brillaba, uno se había envuelto con una cobija y el otro con un sarape de Saltillo.

— ¿Te acuerdas cómo soplaba el viento en Luvina? —pregunta uno.

— ¿Cómo me voy a acordar, Juanito, si yo no fui contigo? Entonces andaba perdido en la selva —le contesta el otro.

— Ah, entonces tú nunca viste su color —prosigue con voz lenta el primero—. Te iba a decir que el aire que aquí corre me hace acordarme de Luvina... igual de frío y de negro. Míralo, hasta se levanta en tremolina.

— Ya estás como el Juan Preciado ese que vino a buscar a su padre, nomás inventando. Sí, el viento está muy helado, pero yo no le veo ningún color.

— Es que te has vuelto ciego con los años, Gabriel.

— Mira, Juanito, yo no sé ni para qué te hice caso. Venir a visitar Comala en invierno... ¡Vaya ocurrencia! Mejor vámonos a Macondo que aquí sólo se oye el ruido del silencio y no nos calienta ni el sol.

Pero el otro anciano ya no lo escuchaba. Su mirada seguía a un caballo que galopaba hacia la Media Luna.

## Capítulo 9

### LA CONFERENCIA

¡Qué revuelo había! A uno de los auditorios de la universidad habían sido invitados Eraclio Zepeda, Juan José Arreola y Juan Rulfo para dar una conferencia. Se llenó el auditorio y como en un gran palenque, en el que solo faltaban las cancioneras, los estudiantes esperaron más de media hora a que soltaran los gallos, digo a que se presentaran los tres grandes cuentistas. El chiapaneco Eraclio, todavía con el aire de Pancho Villa que le había dejado la película «México insurgente» de Paul Leduc, parecía sentirse más a gusto que los otros dos y durante un buen rato estuvo recordando historias de su patria chica y entre ellas la de la marimba. Arreola, envuelto en su capa negra, lo escuchaba divertido mientras les hacía guiños a las jovencitas. Luego sacó unos papeles y los leyó. Por su parte Rulfo, muy serio, nos miraba desde su silla y a nosotros nos parecía ver el valle de Comala y las tierras de la Media Luna en sus ojos. Él no dijo nada, pero nosotros escuchábamos cómo el sol quemaba las milpas y la lluvia las anegaba, luego el viento soplaba y las nubes pasaban rozando la tierra de Comala.

## Capítulo 10

### **CUESTIÓN DE FE**

—Nuestro gobierno ha decidido estudiarlo seriamente antes de tomar una decisión —dijo el señor Ministro y rechazó los documentos que le proponían suscribir para el convenio internacional que intentaría prevenir un desastre climático en el planeta.

— Yo no creo que en realidad el clima esté cambiando. Considero que el calentamiento global es un cuento para niños —declaró sonriente ante los periodistas—. Pero esa es una opinión personal —puntualizó.

Satisfecho, se dejó acompañar por los periodistas hasta la puerta donde lo esperaban dos asistentes: uno abrió un gran paraguas y otro le puso sobre los hombros una gabardina forrada de visón. Afuera el aguacero había arreciado. Antes de traspasar el umbral, se detuvo unos minutos para que pudieran hacerle fotos. Cuando se giró para salir, la lluvia se había transformado en una llovizna menuda azotada por el viento. El Ministro se apresuró hacia el coche que lo aguardaba y ya dentro le pareció que el viento se tranquilizaba mientras las diminutas gotas eran sustituidas por grandes copos de nieve que caían delicadamente sobre la playa y las hojas de las palmas. Escudriñó el cielo y se preguntó si hoy también saldría el sol para derretir la nieve.